

Roth, Leland. *Entender la arquitectura*. Cap. 15. PP. 311-314. Barcelona. Gustavo Gili. 1999

Arquitectura gótica

La catedral era la casa de Dios, entendido este término, no como un mero lugar común, sino como una realidad llena de temores. Lo sobrenatural estaba eternamente presente en la edad media, impregnando todos los aspectos de la vida humana. El santuario era el umbral del cielo.

Otto von Simson, *La catedral gótica*, 1956.

Se ha dicho que la arquitectura gótica fue *inventada* en 1141 por Suger, monje francés y abad del monasterio de Saint-Denis, una población situada al norte de París, no lejos de la capital [15.1]. En realidad, lo que hicieron Suger y sus arquitectos y constructores, no fue sino recopilar la serie de mejoras ya alcanzadas por la arquitectura tardorrománica, incluyendo entre ellas los arcos apuntados y las bóvedas nervadas. De algún modo, tuvieron la intuición de que todos esos elementos podían trabajar juntos sinérgicamente, reforzando mutuamente sus respectivos potenciales en la creación de una arquitectura más liviana y transparente. Porque a lo que Suger aspiraba era a sustituir los muros de piedra por vidrieras de color, para que filtrasen y transformasen la luz solar en una representación simbólica de la iluminación divina.

La arquitectura gótica representó también la expresión de una nueva actitud más positiva ante la vida y el presente, por comparación con el énfasis puesto por el románico en la vida del más allá, que se consideraba en todo caso preferible a la vida en este mundo. La audacia manifestada por los obispos, burgueses (entendido el término como los habitantes de los burgos) y constructores, al acometer las obras de unas iglesias de tal complejidad y envergadura que precisarían de varias generaciones para terminarse, es una prueba fehaciente de la confianza y la

seguridad del periodo. Para el año 1200, el aprensivo panorama de los siglos anteriores empezaba a ser reemplazado por unos puntos de vista más positivos. Esto no debe interpretarse como que la esperanza de vida hubiese experimentado un repentino alargamiento o que se hubiese dejado definitivamente atrás el peligro de la guerra, sino, más bien, como un nuevo dinamismo acompañado de un cambio de las expectativas de la gente ante la vida temporal. Lo paradójico es que esta nueva aceptación de la vida temporal se manifestase, precisamente, en la forma de una arquitectura que tan enfáticamente aspiraba al cielo. También resulta significativo que esa novedosa complacencia en la existencia humana corriese paralela a una devoción creciente por la Virgen María, como ejemplo de femineidad terrenal y, por consiguiente, a una nueva consideración hacia la mujer en general.

El agente unificador de Europa siguió siendo la Iglesia, revigorizada ahora por las reformas introducidas por los monjes de Cluny. El centro de la conducta humana seguía siendo la vida religiosa, razón por la cual los edificios que mayores avances arquitectónicos y tecnológicos exhibieron fueron los construidos por la Iglesia, sea en forma de catedrales, monasterios, escuelas, hospitales o de las nuevas universidades, que empezaban a aparecer en este periodo.

Cambios políticos y sociales. El resurgir de la ciudad

El principal cambio político experimentado en Europa durante este periodo es la consolidación del concepto de nación estado, unificado por una cultura y una lengua co-

mún. En Francia y en Inglaterra surgen unas poderosas monarquías centrales que aumentan su poder a medida que los nobles van perdiendo parte del suyo. En Francia, esta consolidación de la autoridad real se gesta en torno a París y la provincia de la Île-de-France, extendiéndose hacia Flandes (la Bélgica actual), al norte, con su floreciente comercio lanar y textil, y hacia la Francia central y la Borgoña, al sur. Luis VI, asesorado políticamente por su amigo el abad Suger, impulsó notablemente este proceso de consolidación entre 1140 y 1180. Sin embargo, la Francia occidental, pese al nacimiento durante el siglo XI de una burguesía enriquecida que aspiraba a gobernar las instituciones urbanas autónomas, seguía siendo feudo del duque de Normandía, quien también reclamaba sus derechos al trono de Inglaterra. Tras la conquista de Inglaterra por los normandos en 1066, sus territorios pasaron a formar parte del imperio anglo-normando. La subsiguiente lucha sangrienta entre las monarquías inglesa y francesa por el dominio de la Francia occidental, conocida como la Guerra de los Cien Años y que duró desde 1337 hasta 1453, fue un acontecimiento que marcó indeleblemente toda la etapa final de la edad media.

La transformación social experimentada por Europa durante la edad media tardía hay que atribuirla, principalmente, a dos fuerzas que se refuerzan mutuamente: el auge de las ciudades y el crecimiento del comercio. Por todas partes surgieron nuevas ciudades y, en muchos casos, se revitalizaron las viejas ciudades romanas construidas sobre rutas comerciales importantes. El principal agente que colaboró a vigorizar el crecimiento urbano fue el de las Cruzadas. Todo lo que tuvieron de ineficaces en el establecimiento de asentamientos occidentales permanentes en el Mediterráneo Oriental lo tuvieron de exitoso en la creación de un espíritu aventurero en la mentalidad occidental. Como resultado de los desplazamientos de los cruzados y de la necesidad de fundación de líneas de abastecimiento, los europeos se desplazaron hacia el Mediterráneo, creando las bases para el establecimiento de una potente red comercial. Desde los territorios árabes del Mediterráneo Oriental, se exportaban hacia Europa especies y paños de algodón, canalizados a través de Venecia y Génova.

A cambio, los puertos italianos recibían ámbar, pieles y otros productos procedentes del norte (Alemania y Rusia, principalmente), donde eran reembarcados hacia Oriente. En muchos lugares, las tierras de labor, agotadas después de siglos de agricultura, fueron transformadas masivamente en pastos para el ganado lanar, de manera que la industria del tejido de la lana pasó a ocupar un lugar destacado en la economía de Inglaterra, Flandes e Italia. Florencia se convirtió así en el centro del comercio textil de la Europa meridional, en tanto que Brujas, en Flandes, hacía lo propio con el comercio de paños de la región septentrional. Pisa se convirtió en un centro financiero, especialmente para el papado. París y Marsella, en Francia; Londres, Bristol y York, en Inglaterra; Brujas y Gante, en Flandes; y Francfort y Nuremberg, en Alemania, se convirtieron en importantes centros de intercambio de mercancías.

Muchas de esas ciudades eran relativamente pequeñas (según los criterios actuales), con unas poblaciones comprendidas entre los 10.000 y los 70.000 habitantes; en aquella época, sólo unas pocas ciudades, como Londres, París, Florencia y Venecia, alcanzaban los 100.000 habitantes. El 95% de la población europea seguía siendo rural, pero el restante 5% agrupado en las ciudades pasó pronto a ser dominador de la vida y la cultura en Europa. La cultura del antiguo régimen feudal comenzó a ser sustituida paulatinamente por la nueva cultura mercantil urbana. El vocabulario europeo se hizo con una nueva palabra: *burgués*, o sea, 'habitante u originario de una ciudad medieval libre o burgo', a cuya definición podría añadirse, 'de clase acomodada, que no practica un oficio manual y, por lo común, es poseedor de un negocio o industria'. La naciente *burguesía*, esa nueva clase de comerciantes y banqueros, pronto rivalizaría en influencia con la nobleza y el clero. En el control de las ciudades emergentes, y jugando un papel paralelo al de los comerciantes, hay que hablar de los gremios artesanales, que eran unas organizaciones que, además de adiestrar aprendices en el oficio, establecían unas normas de conducta y de profesionalidad, y ayudaban a las viudas e hijos de sus asociados. La ciudad, o burgo, de este último tramo de la edad media se ca-

racteriza por una población socialmente heterogénea (negociantes a gran escala, modestos mercaderes, artesanos que acudían al burgo a vender mejor sus productos y campesinos, a veces siervos furtivos, que abandonaban sus tareas agrícolas para buscar en el comercio un medio de vida más productivo) y un aumento de la libertad individual; es de destacar que los siervos furtivos que querían acceder a la condición de 'hombre libre', sólo tenían que permanecer dentro del recinto de la ciudad durante un año y un día, para quedar liberados de los vínculos que tenían con su señor.

La naciente burguesía disponía de dinero líquido, ya que se había vuelto a la acuñación de moneda, usando a menudo esa liquidez para la financiación de las campañas guerreras de reyes y príncipes, a quienes concedían rentables préstamos, pese a la prohibición eclesial de recargar con intereses el uso del dinero. Con el desarrollo de la economía monetaria, en sustitución de la economía de trueque imperante desde fines del Imperio Romano, se inició una serie de cambios en los negocios, como la introducción de la contabilidad, el método de partida doble (utilizado por primera vez en centros comerciales italianos, como Florencia), la letra de cambio y las compañías de seguros.

La consecuencia de todos esos cambios, y la consiguiente reaparición de las ciudades como principal fuerza económica durante los siglos XII y XIII, es el carácter fundamentalmente urbano de la arquitectura gótica. Como se verá en las páginas siguientes, los grandes monumentos que caracterizan el ascenso de la arquitectura gótica no son los monasterios aislados sino las catedrales urbanas, unos ambiciosos proyectos iniciados por obispos influyentes y pagados por los hombres de negocios adinerados y los gremios artesanales de la ciudad.

Esas catedrales góticas no sólo difieren de sus predecesoras románicas en la forma estructural, sino también en su dedicación, y esto atañe a los importantes cambios sociales y religiosos operados en el mundo occidental. Casi todas las catedrales urbanas (en especial en Francia) están dedicadas a la Virgen María, a Nuestra Señora, *Notre-Dame*, y no a los santos locales (aunque contengan capillas secundarias dedicadas a ellos). Este cambio de dedicación es debido a la venera-

ción a María, la madre de Cristo, desarrollada durante los albores del siglo XII, y corre paralela al cambio de actitud hacia la mujer en general experimentado durante la edad media tardía. Desde la época de san Agustín, en el siglo V, la mujer había sido considerada como la "tentadora" y como fuente de pecado (¿no fue Eva, acaso, quién tentó a Adán, provocando la expulsión del Paraíso Terrenal?). A medida que las cortes de los señores medievales dejaban de ser centros de poder militar, se empezó a desarrollar una vida cortesana caracterizada por el refinamiento y el interés por las artes y la literatura, lo que coadyuvó a elevar la consideración hacia la mujer. Se veía a la Virgen como portadora de las virtudes de perfección propias de la dama de la nobleza; la Virgen era la reina del cielo que intercedía en favor de la humanidad, de la misma manera que la dama del señorío lo hacía en favor de sus súbditos. En consecuencia, las nuevas catedrales que empezaban a salpicar las ciudades del occidente europeo, se fueron dedicando, una tras otra, a la Virgen María.

Cambios religiosos. El escolasticismo

El cristianismo, aprovechando los efectos vigorizantes de las reformas clunyacenses, gozó de una época de renovado fervor. Aunque el creciente interés por el mundo seglar también tuvo su impacto sobre la religión. Ese periodo se caracterizó por unas nuevas ansias de conocimientos y una manifestación racional de la fe, circunstancias ambas que propiciaron la fundación de universidades en muchas ciudades importantes. La primera de ellas fue la universidad de Bolonia, fundada en 1158, que se fue convirtiendo gradualmente en un centro de estudios de derecho civil y eclesiástico. La universidad de París, fundada en 1200, se especializó en estudios de teología. Conviene, sin embargo, recordar que todas esas universidades eran de la Iglesia y que sus profesores eran clérigos.

El *escolasticismo* es la filosofía que se enseñaba en las universidades y escuelas eclesiásticas medievales. El primer escolasticismo estuvo caracterizado por la influencia agustiniana y por la penetración del pensamien-

to aristotélico en la enseñanza cristiana. Más que una doctrina, era un método de especulación teológica y filosófica que tendía, con la ayuda de conceptos filosóficos, a la indagación racional y a la sistematización de las verdades reveladas. Era casi inevitable que tales investigaciones terminasen por conducir a la duda, pero, como observó Abelardo, uno de esos primeros filósofos que profesó en París, la duda conduce a la investigación, y la investigación a la verdad. En las universidades se recogían las obras de Aristóteles y otros autores clásicos, muchas de ellas en árabe, obtenidas de los eruditos islámicos, y allí se estudiaban y debatían.¹ Este esfuerzo por armonizar totalmente la razón y la fe tuvo su máximo exponente en la obra de santo Tomás de Aquino (ca. 1225-1274), teólogo y filósofo italiano que dedicó buena parte de su vida a la tarea de reconciliar la lógica aristotélica con las obras de los primeros Padres de la Iglesia. Su obra fundamental, *Suma teológica*, es una sistematización de todo el pensamiento de la Iglesia desde sus orígenes, en un intento de crear una doctrina lógica coherente, mediante un constructo jerarquizado de grandes principios que dominan sobre las ideas secundarias.

La catedral gótica

La catedral gótica es, en cierto modo, un subproducto de las cruzadas. Cuando los primeros cruzados vieron Constantinopla, quedaron maravillados por el tamaño y la riqueza de la ciudad y por la magnificencia y esplendor de Santa Sofía. ¡En toda Francia no había una sola ciudad ni una sola catedral que pudieran compararse con ellas! No parece casual que la construcción de catedrales empezase al poco de terminar la primera cruzada y volver los cruzados a sus casas.

La catedral urbana también podría ser considerada como la expresión física de la *Suma teológica* de santo Tomás de Aquino; en efecto, como ésta, era una organización jerárquica de partes relacionadas que representaba un equilibrio de fuerzas estructurales correspondientes a la reconciliación de la lógica clásica y la fe cristiana. La catedral gótica estaba prácticamente cubierta de arriba a abajo de representaciones escultóricas

de escenas de la Biblia. Sin duda, su innovación más espectacular fue la casi total eliminación de los muros de la iglesia, que fueron sustituidos por membranas de vidrio de colores que representaban escenas de las Sagradas Escrituras. De este modo, en piedra y vidrio de color, el edificio entero se convirtió en una biblia para el analfabeto y, lo que es más importante, las imágenes visuales se hicieron familiares a todo el mundo, desde el noble hasta el último siervo.

La iglesia abacial de Saint-Denis

La primera sustitución del muro por vitrales policromos se realizó en la construcción de la nueva iglesia abacial de Saint-Denis, comenzada por el abad Suger en 1135. Suger (1081-1151), de origen campesino, demostró una inteligencia tal, aún de muchacho, que fue admitido en la escuela abacial de Saint-Denis. Allí se hizo muy amigo de otro estudiante, Luis Capeto, que con el tiempo sería el rey Luis VII. Suger sobresalió pronto entre los demás monjes y pasó a ser ayudante del abad Adam, siendo elegido, a la muerte de éste, en 1122, abad de Saint-Denis. La antigua abadía benedictina de Saint-Denis, situada 9,6 kilómetros (6 millas) al norte de París, databa de antes de Carlomagno y estaba dedicada a san Dionisio (Saint-Denis), uno de los primeros misioneros de la Galia y del que se dice fue el primer obispo de París, que murió martirizado durante el siglo III. Durante los siglos posteriores proliferaron las leyendas referentes a Saint-Denis. A partir del siglo VII, los reyes francos y franceses fueron enterrados en la abadía de Saint-Denis, reconstruida por Carlomagno. Desde 1120, la abadía pasó a custodiar los ornamentos para la consagración de los reyes de Francia y, a partir de Luis XI, también el estandarte que se llevaba en los campos de batalla. Como resultado de todo esto, san Dionisio pasó a ser considerado como santo patrón de Francia. Al partir para la Segunda Cruzada (1147-1149), Luis VII encargó a Suger la regencia de Francia; no es de extrañar pues, que, para Suger, el destino de la abadía, de su iglesia y de la misma Francia llegaran a estar estrechamente entrelazados.

Al ser nombrado abad, Suger abordó un programa para devolver a los monjes a una vida de piedad y para reparar los edificios monásticos, sumamente arruinados a la sa-